

## Índice

<b>Introducción</b> .....	9
Capítulo primero	
<b>El nombre personal. Continuidad y cambio</b> .....	13
Capítulo segundo	
<b>El sistema antroponímico tradicional. Un estudio de caso</b> .....	45
Capítulo tercero	
<b>La política en los nombres</b> .....	77
Capítulo cuarto	
<b>Los nombres de la tribu</b> .....	97
Capítulo quinto	
<b>Nombres a la moda</b> .....	135
<b>Bibliografía</b> .....	161
<b>Índice de cuadros</b> .....	169



## Introducción

Proporcionar a cada persona un nombre propio, distintivo, concebido para individualizarle, aun incluso haciendo referencia a un linaje familiar u otro grupo, y que frecuentemente mantendrá durante toda su vida, es uno de los fenómenos culturales más extendidos. Con diferencias a veces notables respecto a qué sea gramatical o semánticamente ese nombre, con o sin significado, con propósito simbólico o sin él, asignado aleatoriamente o según pautas más o menos codificadas, elegido por unos u otros individuos, impuesto con o sin algún tipo de ritual, etc., no hay prácticamente excepciones al hecho de que cualquier grupo humano o sociedad usa el nombre propio para identificar a sus miembros. Es, pues, un hecho social básico, pero que quizá por su universalidad y su habitualidad no ha merecido mucha atención en las ciencias sociales.

El estudio de los nombres de persona es un campo de trabajo acreditado de antiguo como una de las ramas de la onomástica, cuyos especialistas se interesan por cuestiones tales como, por ejemplo, la distribución de antropónimos en un espacio geográfico concreto o la evolución morfológica de los nombres con el paso de tiempo. Aunque fundamentalmente propios de la lingüística, los estudios de onomástica, en especial los dedicados a la onomástica personal, pueden arrojar también conclusiones de interés sociológico, relativas, por ejemplo, a la homogeneidad o diferencia de los nombres de persona según grupos o categorías sociales, o la coexistencia de grupos de población diferentes, entre los cuales se apreciaría lo diferente de su origen por lo distinto de sus nombres de persona respectivos. La lingüística histórica o la historia antigua y medieval han sido, pues, las especialidades más beneficiadas por este tipo de estudios. En el ámbito propio de las ciencias sociales antropólogos

y etnólogos, en este caso con enfoques más sincrónicos, han prestado también atención a los nombres de persona usados en el grupo que estudian para ilustrar aspectos como el sistema de parentesco u otros. Pero ni estos estudios son muchos ni suele plantearse el fenómeno social que es el nombre en sí. De manera, pues, que existe aún un amplio terreno, parte de él casi virgen, para el estudio del nombre personal desde la perspectiva de la sociología y de la historia cultural. Éste, y no los anteriores, es el enfoque que dicta la indagación que se hace en las páginas que siguen, inserta en un marco temporal específico, los tiempos modernos en el Occidente de raíces culturales cristianas, y tomando España como punto de referencia. Un estudio que quiere ser introductorio y cuya utilidad podrá estar en la medida en que acierte a delimitar aspectos de interés para el análisis del nombre propio como fenómeno social.

Su punto de partida puede centrarse en dos constataciones. Por un lado, los nombres usados en las sociedades europeas, o las ultramarinas moldeadas por ellas, han sido tradicionalmente un conjunto relativamente reducido, teniendo en cuenta, sobre todo, que el número de esos nombres puede ser infinito en principio. De manera que es plausible suponer que ha habido y hay mecanismos, no siempre los mismos, que tienden a seleccionar unos nombres de mayor uso. Por otro, esos nombres tienden a variar, a renovarse con el paso del tiempo, de forma que en un momento dado hay un repertorio de nombres propios habituales o más usados que no coincide con el vigente en generaciones anteriores. Es probable que esas variaciones sean menos acentuadas de lo que los observadores de cada momento creen advertir, pero las variaciones se producen, es decir las preferencias o las razones por las que se eligen los nombres no son estables. Se puede conjeturar que esos cambios reflejan variaciones culturales, que el cambio en el repertorio de nombres de persona es parte del cambio cultural, pero también puede tratarse de variaciones menos asentadas, más efímeras y transitorias, como las modas. La historia cultural y la sociología de la moda parecen, por tanto, dos marcos analíticos adecuados para adentrarse en el análisis de la antroponimia como materia social.

Los primeros pasos en la investigación que ha dado lugar a este libro fueron posibles gracias a un proyecto concedido por el Gobierno de Navarra en su convocatoria de 2002 («Antroponimia y cambio social en Navarra, 1890-1990»). Victoria y Ana Aliende, componentes del equipo, hicieron una labor excelente preparando bases de datos y allegando información. Los años en que desarrollé esa investigación coincidieron con un período especialmente grato de mi vida profesional, en el que fui profesor de la llamada Aula de

Experiencia, con la que la Universidad Pública de Navarra comenzó, con un programa de cursos para mayores, su actividad en lo que acabó siendo su Campus de Tudela. Pese a una infunda prevención inicial por mi parte, encontré allí el grupo de estudiantes quizá más motivado, activo y perspicaz de toda mi carrera de más de treinta años en la enseñanza universitaria. Lo que les explicaba en los dos cursos que pasé con ellos no tenía nada que ver con antroponimia, pero en el estrecho contacto informal que llegamos a establecer hablamos de su percepción del cambio en los nombres de persona, se prestaron a participar en grupos de discusión que me fueron especialmente valiosos, y me persuadieron de que Tudela podía ser un marco excelente para el estudio de caso que se expone en el capítulo segundo. Un querido amigo de ese grupo, José Joaquín Anadón, me dio a conocer la completísima base de datos que sobre los registros parroquiales de Tudela elaboró Jesús Marquina, quien, por su mediación, me la proporcionó con la mayor generosidad. Sin ese material, el estudio que se incluye en el capítulo segundo hubiera sido aun más laborioso y seguramente más incompleto. A ambos mi más sincera gratitud. En el tratamiento de tablas y gráficos Izaskun Sánchez Zabalza y Eduardo Castro han subsanado mis muchas limitaciones en ese terreno, y les quedo a los dos muy agradecido. Desde luego, los errores que pudiera haber sólo a mí pueden achacarse.